

ZAPATOS DE TACÓN

Lygia Bojunga Nunes



1

El secreto azul clarito

*L*a familia estaba comiendo cuando llegó Sabrina. Doña Matilde frunció el ceño y habló con la boca llena:

–¡Pero si eres muy pequeña para ser una buena canguro! ¿Qué edad tienes?

–Voy a cumplir once.

El señor González contempló despacio a Sabrina y bebió un trago de agua:

–Lo que importa es si se le dan bien los niños. ¿Es así?

–Sí, por supuesto. Me gusta mucho jugar con los niños.

Doña Matilde se enderezó en la silla:

–No has venido a jugar, sino a trabajar.

–Lo sé, señora.

Posó su fardo en el suelo y se acercó al niño.

–¿Cómo te llamas?

–Bertito.

–¿Cuántos años tienes?

–Cuatro.

–¿Y tú?

En vez de responder, la niña empezó a golpear el plato con la cuchara pidiendo más comida. Bertito trepó en la silla y le tiró del pelo a Sabrina.

–¡Bonito! ¡Bonita!

Sabrina se rió. Doña Matilde miró para su plato. Al señor González le gustó la risa y la sinceridad de Sabrina. Le explicó:

–Mi hija no es de mucha conversación. Solo tiene tres años.

–¡Vaya, pues está muy grande! ¿Cómo se llama?

–Marilda.

Sabrina se dirigió hacia la dueña de la casa:

–Como la señora, ¿no?

–Yo soy Ma-til-de.

–¡Ah! ¿Puedo coger a Matilde en brazos?

–¡Matilde soy yo! Ella es Ma-ril-da. A ver si te lo aprendes pronto. Déjala, que todavía no ha acabado de comer. Vete a la cocina y espera. Después iré a hablar contigo. Es aquella puerta de allí. ¡Eh! ¿Y ese fardo en el suelo?

–Es mi ropa.

Era un fardo pequeño, envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda.

–Llévatelo.

Zapatos de tacón

9

Sabrina se lo llevó.

La familia siguió comiendo. Poco después, doña Matilde miró al señor González:

–No me gustan sus modales.

–¿Por qué?

–No sé, en seguida quiso tocar a Marilda.

–Pero si la has llamado para ser la canguro de los niños. ¿No quieres que se lleve bien con ellos?

–No la he llamado. Cuando me ofrecieron una niña del orfanato, pensé: «Bueno, es una experiencia, voy a probar».

–¿Y cómo la vas a probar si no dejas que toque a los niños?

–¡Pero no con tanto atrevimiento!

El señor González comenzó a escarbarse los dientes con un palillo. Doña Matilde se sirvió patatas fritas y habló sin dejar de mirar para su plato:

–¿Servirá?

–¿Y por qué no va a servir?

–Una niña así, sin padre, sin madre, sin nada..., ¿servirá?

–Pero ¿no me has contado que no sé quién consiguió una buena empleada en ese orfanato?

–Sí.

–¿Entonces?

–No sé –comió una patata frita–. Creo que sería mejor alguien mayor.

El señor González tiró el palillo en el plato.

–Escucha, Matilde, tú ya sabías que las niñas de ese orfanato eran jovencitas. La niña lo ha dejado todo para venirse. Y ahora que está aquí, empiezas a encontrarle defectos.

–Solo estaba diciendo que...

–Todo el día lamentándote de que no encuentras a nadie para cuidar de los niños y de que todas las canguros no tienen paciencia ni aptitudes. Ahora llega esta niña, alegre, despierta, a quien le gustan los niños, y no estás conforme.

–Está bien, está bien, no diré nada más –tomó una patata frita con los dedos–. No necesitará sueldo: le vamos a dar casa, comida, ropa y calzado. ¿Has visto ese fardo que trae? Siempre es así: llegan sin nada. Hay que dárselo todo. ¿Y has visto qué fuerte es? Tiene pinta de comer mucho.

–Bueno, ya que no va a tener un sueldo, es justo que coma lo que quiera, ¿no crees?

–Solo estoy avisando. Sé de lo que hablo. Esa niña supondrá muchos gastos. Y necesitará ir al dentista, ya verás.

Doña Matilde comía muchos caramelos, tenía la tensión baja, echaba la siesta después de comer y de noche dormía como una piedra. Avisó a Sabrina:

–Deja la puerta de tu cuarto abierta. Y presta atención: si la niña llora de noche, ya sabes, levántate y

Zapatos de tacón

11

ve a ver si quiere agua o bizcocho o si tiene el pañal mojado.

Y de día, durante todo el día, Sabrina tenía que distraer a Marilda y a Bertito. Y lavar y planchar su ropa. Y preparar los biberones. Y cambiarles los pañales. Y prepararles las papas de harina. Y atender el teléfono («¿Estás tonta, niña? Cuando suene el teléfono, ya sabes, atiende inmediatamente»). Y a todas horas había que salir a comprar algo:

–Vete en seguida a la panadería y compra el pan.

–Ve a buscar un litro de leche.

–Corre al estanco: el señor Gonzálvez no tiene tabaco.

Sabrina corría, en un momentito estaba de vuelta y se encontraba todo igual. En cuanto acababa el almuerzo, ya estaba pensando en la merienda; en cuanto acababa de preparar la merienda, pensaba en la cena. Marilda siempre a un lado, Bertito al otro; los tres se divertían mucho, compartían risas y juegos, caricias y besos. De noche, cuando se acostaba, Sabrina pensaba en aquel enorme bistec, en el pan con mermelada y mantequilla, en aquella televisión tan grande..., pero se dormía en seguida, con el cuerpo molido. Saltaba pronto de la cama y cuando el matrimonio se despertaba, Sabrina ya había lavado y planchado y jugado y pensado.

Doña Matilde entró en la sala y contempló a Sabrina. Tenía los pies juntos, los brazos cruzados y el

cuerpo rígido y solo movía la boca, la nariz y los ojos. Marilda y Bertito rodaban por el suelo de tanto reírse, asistiendo al *show* de muecas que Sabrina les estaba ofreciendo. Doña Matilde se quedó mirándola. Sin darse cuenta, empezó a reírse también. Sabrina se volvió, asustada. Se sorprendió. Cuando vio que la risa de doña Matilde se paraba, comenzó a hacer muecas de nuevo. Pero la risa de la señora tropezó con el caramelo que estaba masticando y doña Matilde se atragantó. Sabrina corrió, trajo agua, le golpeó despacio la espalda, con cuidado, como si la acariciara, y cuando le pasó el ahogo, preguntó:

–¿Puedo llamar «tía» a la señora?

–¿Cómo?

–Es que si la llamo «madre», a la señora puede que no le guste.

–Ni tía, ni madre, ni nada parecido. ¿Qué significa esto? ¿Te olvidas de que eres la canguro de los niños? ¡Dónde se ha visto!

El señor González estaba impresionado:

–¡Qué niña tan inteligente, Matilde! Lo aprende todo en seguida.

Doña Matilde no respondió. Partió un caramelo con los dientes.

–¡Y qué trabajadora es! ¡Qué disposición para hacerlo todo! ¿No crees?

Zapatos de tacón

13

–¡Hmm!

–Nunca habías tenido una canguro así. Ni canguro, ni cocinera, ni planchadora, ni nada. Esta niña no para ni un minuto.

Doña Matilde escogió otro caramelo de la bolsa de plástico.

–¿No crees, Matilde?

–Sí.

–¿No estás contenta con ella?

–Nos cambia los nombres. Siempre me llama doña Marilda, y a Marilda, Matilde.

Al señor González le hacía mucha gracia aquella historia de que Sabrina cambiase los nombres. Y se olvidaba de la vida viéndola jugar con sus hijos. Cuando daba volteretas para entretenerlos, aún se reía más. Y dejaba los ojos un poco abiertos para ver mejor la ropa interior que usaba Sabrina. Un día le trajo caramelos. Ella se sorprendió:

–¿Son para mí?

–Es un regalo.

–¿Un regalo para mí?

–Sí, ¿qué te pasa?

–Es la primera vez que me hacen un regalo.

–¿Ah, sí? –y al día siguiente le trajo más.

Sabrina se puso muy contenta.

–El señor parece mi padre. Debe de ser bonito tener un padre que regale caramelos y jabón.

–¿Jabón?

–Para oler bien.

El señor González le trajo un jabón y le susurró:

–No se lo digas a nadie, ¿vale?

–¿Por qué?

–¡Chitón!

Ella bajó la voz.

–¿Por qué?

–Porque te lo pido yo.

–¡Ah!, entonces no se lo diré a nadie.

El señor González se acercó a Sabrina y le habló en voz baja:

–Mira lo que te he traído.

–¡Hmm! ¡Cuántos bombones!

–No se lo digas a nadie, ¿vale?

–Puede confiar en mí.

–¿Escondes en seguida todo lo que te doy?

–Aquí –le señaló la barriga.

Aquellos secretos entre los dos se convirtieron en una costumbre. A veces, ella se reía nada más verlo llegar:

–Es muy divertido que hablemos así de bajito.

–¡Chitón!

Él escondió bombones en el jardín. Anunciaba con aire misterioso:

–Están por ahí...

Cuando Bertito y Marilda se distraían, Sabrina salía a buscar un bombón. Le encantaba aquel juego.